

PRIMERA PARTE.

HISTORIA DE LA PRIMERA ROSA.

CAPITULO I.

I.

¿Existe sobre la tierra
Ese amor firme y sincero
Por el cual el mundo entero
En un corazon se encierra?

Acaso no en el gran mundo
Que de vanidades vive,
Y en el cual no se concibe
Ese amor ciego y profundo;

Mas yo sé de corazones
Cuya esencia este amor fué,
Y porque su historia sé
La escribo en estos renglones.

Tendido á los piés de un risco
Y á entrada de un valle fresco,
Que corona pintoresco
Un castillejo morisco,

En territorio andaluz
Y á la orilla de la mar,
Hay inundado en la luz
Del sol de España un lugar.

Su nombre está ya perdido
En el mapa y en la historia.
¿Para qué pues mi memoria
Le ha de sacar del olvido?

Nada hace á la historia mia
Su nombre ni el del castillo;
Pues pasa en un lugarcillo
De la hermosa Andalucía,

Sin duda debè de ser
A propósito lugar
Para lo que hoy á contar
Voy al curioso lector.

Era, pues, un lugarejo,
Cuyo nombre no hay quien halle,
Sentado á boca de un valle
Y á sombra de un castillejo.

Ciento cincuenta años há
Que al moro se conquistó:
La raza que le ganó
Del infiel no existe ya.

Diósele el emperador,
De sus servicios en premio,
A un caballero Bohemio,
Famoso batallador,

A quien arruinó un proceso
En Alemania, y que en pos
De Cárlos, fiado en Dios
Y en él, vino á su regreso

De aquel país á Castilla:
Donde á fuerza de trabajos
Dando y recibiendo tajos,
Logró al cabo esta haciendilla.

Casóse con una dama,
Tan noble como gazmoña,
Que le trajo de Borgoña
Con poco haber mucha fama;

La cual de su amor en prenda
Le dió un hijo á quien no vió,
Pues al dársele murió
Dejándole en él su hacienda.

Al mismo tiempo que el luto
Vistió por la esposa cara,
Pagaba á la muerte avara
Cárlos en Yuste tributo;

Y mas que vasallo fiel,
Fanático adorador
Del difunto emperador,
Dió por difuntos con él

La prez y el valor del mundo:
Y en su admiracion suprema
Lloró la imperial diadema
Rota en Felipe segundo.

Para él acabó la gloria
Y el honor en Cárlos quinto:
Construyóse un laberinto
Con las de él en su memoria,

Y acusando de fatales
A sus tiempos, vivió hundido
En su torre, mantenido
De recuerdos imperiales.

En honra de su señor,
Decidió por buen acuerdo
Ser un viviente recuerdo
Del bizarro emperador.

Dió su nombre á su heredero,
Con la precisa ecsigencia
Que en toda su descendencia
Fuese el nombre del primero;

Y que si el mayor finare,
Aquel que le sucediere
Sucederle no pudiere
Si el de Cárlos no tomare.

Conservó toda su vida,
Contra las modas airado,
El gaban acuchillado,
Gorguera y barba crecida;

Ni dejó al sombrero plaza
Su alemana caperuza,
Ni al colete de gamuza
La milanese coraza:

Y como Dios le otorgó
Larga existencia, su siglo
Por evocado vestiglo
Le tuvo del que pasó.

Idólatra de lo antiguo,
La edad sin tener en cuenta,
Vivió de la escasa renta
De su patrimonio exiguo.

El mismo en la soledad
Educando á su heredero
Hizo de él un caballero
De su ya olvidada edad:

Y este, que es al que los dias
Alcanzan de mi leyenda,
Siguiendo su misma senda
Siguió sus propias manías.

Educado por su padre
En la vanidad tudesca
De su era caballescaca,
No halla hoy cosa que le cuadre.

Nutrido con las historias
Del tiempo en que aquel vivió,
Del suyo desconoció
Las hazañas y las glorias;

De modo que al fenecer,
(Obra de su afan prolijo),
Pudo decirse que en su hijo
Tornaba el padre á nacer.

Todo de la misma suerte
Continuó en el castillejo
Sombrío, sin que del viejo
Se echara de ver la muerte:

Pues su primer sucesor,
El castillo al heredar,
Ni un clavo en él alterar
Tomó por punto de honor.

Y salva la diferencia
Que entrambos la edad ponía,
Que duraba parecía
Del buen viejo la presencia.

Porque de él copia leal
En su persona y su traje,
Guardó el hijo su equipaje
A la manera imperial.

Rapado á lo Cárlos quinto,
Luenga la barba conserva,
Como sus patios la yerba
Conservan en su recinto:

Y así como no trocara
Por el del rey su linaje,
Ni mudó nunca de traje,
Ni desembarbó su cara.

Una boda desigual,
No en nobleza ni en fortuna
Sinó en edad, oportuna
Le acrecentó su caudal.

Una condesa que, viuda,
Con sus timbres campanudos
Y medio millon de escudos
Sus ocho lustros escuda,

Se unió á él en matrimonio,
Y á la vanidad tudesca
Su vanidad quijotesca
Allegó y su patrimonio;

Y atados con el torzal
De iguales genios y gustos,
Vivieron como dos bustos
En un mismo pedestal.

Mas probando su largueza
Una de esas bizarrias
En que dá todos los dias
La rica naturaleza,

Hizo, mostrando el poder
De sus caprichos estraños,
Que al conde al fin de dos años
Diera un hijo su muger;

Y no queriendo dejar
Su obra incompleta, le dió
Un hijo que no dejó
Nada en sí que desear:

Pues robusto, hermoso y sano,
Se desarrolló con brío
Aquel capullo tardío
Del amor del castellano.

No hay placer cabal empero
En la tierra: la condesa
Descendió á poco á la huesa:
Y quedando el caballero

Solo otra vez y sumido
En soledad y dolor,
Concentró todo su amor
En su vástago florido.

Criarle pensó en su casa
Como á él su padre: mas es
Locura intentar los piés
Atar al tiempo que pasa.

Don Cárlos mientras fué niño
Sus viejos gustos siguió,
Porque al suyo no dejó
Brotar el filial cariño;

Mas cuando llegó á ser mozo,
Comprendió que la clausura
De aquella vivienda oscura
Semejaba un calabozo;

Y entendió cuán temerario
Fuera aquel que en la corriente
Permanecer de un torrente
Pretendiera estacionario.

Declaró al anciano adusto
Que era imposible seguir
En tal modo de vivir
Contra su tiempo y su gusto.

Resistió el viejo, insistió
El mozo, y fué no sin pena
Alargando su cadena
Hasta que al fin la rompió.

Pajarillo que del nido
Por primera vez se lanza,
Ver ansiando hasta dó alcanza
Por sus alas sostenido,

Bajó al valle, vió sus flores,
Y encontrándolas tan bellas,
Comenzó á saltar entre ellas
Respirando sus olores;

Y haciendo atrevido alarde
De su vuelo aún inesperto,
En los rosales de un huerto
Entretenido una tarde

Picando sin precaucion
Una rosa campesina,
La rosa con una espina
Le picó en el corazon.

Quedósele en él metida:
Y, aunque la quiso ocultar,
Empezándose á enconar,
Dió su padre con la herida,

Quien queriendo su dolencia
Atajar con prontitud,
Ensayó en él la virtud
Del bálsamo de la ausencia.

Le envió á Nápoles de un vuelo,
Y allí del virey al mando
Le defiende contra el bando
Del pescador Masanniello.

Su pader es hace sin él,
Roido por el dolor,
Tan tosco y ágrío de humor
Como si bebiera hiél:

Y del peñon en la cresta
Su vieja torre morando,
Asoma de cuando en cuando
Su catadura indigesta.

Dejémosle en ella pues,
Y abandonando el castillo,
Bajemos al lugarcillo
Que está tendido á sus piés.

II

En una casita blanca,
Que á sombra de un verde sáuce
Se mira en la agua de un cáuce
Que va un molino á mover,
Vive un doctor extranjero
Del país muy estimado,
Porque su amor le ha grangeado
Su rectitud y saber.

Diez años hace que vino
A establecerse en la tierra,
Y en esto solo se encierra
Cuanto el vulgo sabe de él:
Independiente y discreto,
Curiosidad no provoca:
Mas sellada está su boca.
Y cerrado su cancel.

Rara vez tiene en su casa
Convidado ni visita:
En su piso bajo habita
Con modestísimo ajuar;
Allí tiene establecidos

Su estudio y recibimiento,
Y de libros hasta ciento
Sobre el arte de curar.

Allí el patán y el hidalgo
Que á consultar su dolencia
Van, le aguardan en ausencia
O para su entrada vez:
El los llama á su despacho
Por el turno en que ellos vienen,
Guardándoles el que tienen
Con estricta rigidez.

En su ministerio exacto,
Jamás niega su asistencia
Ni al dolor ni á la indigencia
Con excusa ó dilacion;
Ni le han impedido nunca
Que llenara su destino,
Ni el esceso del camino
Ni el rigor de la estacion.

En la cámara del rico
Que en holandas se reboza,
Igualmente que en la choza
O abrigo del pastor,
Se le mienta con respeto,
Se le ve con esperanza,
Se le acuerda confianza,
Se le paga con amor.

Idolatra de la ciencia,
 Recorrido ha en largos viages
 Los mas remotos parages
 De sus secretos en pos;
 La Africa, el Asia, la India,
 De ellos su ciencia han provisto,
 Y en sus desiertos ha visto
 Las maravillas de Dios.

Por eso igualmente viendo
 Por donde quiera las leyes
 Infringidas por los reyes,
 Mal cumplidas por su grey,
 El mundo tiene por patria
 Errante cosmopolita:
 Mas de los pueblos que habita
 Respeta y cumple la ley.

Como hombre que ha visto mucho,
 Sus opiniones estrañas
 Califican de patrañas
 Cosas en que el mundo cree:
 Y pospone los principios
 Y la ley de los gobiernos,
 A los principios eternos
 Y á las leyes de la fé.

Hombre de arte, tiene en poco
 Los blasones de nobleza,
 Y no estima por grandeza

Mas que la del corazon:
 Y al juzgar á los humanos,
 Sin mirar á sus blasones,
 Solo acuerda á sus acciones
 Su imparcial estimacion.

Observador reflexivo,
 Tiene del hombre y del mundo
 Conocimiento profundo
 Y comprension perspicaz:
 Y en sus sólidos principios
 Firme, es en sus opiniones
 Como breve de razones
 En su dictámen tenaz.

Y una vez que él ha abrazado
 Resolucion ó proyecto,
 Hasta que le lleva á efecto
 Ni duda ni vuelve atrás.
 Lo mismo trata los males:
 Medita, observa, registra,
 Y en las drogas que administra
 No se equivoca jamás.

Iniciado en los secretos
 Y las lenguas orientales,
 Sus yerbas medicinales
 Conoce con perfeccion:
 Y en una caja de cedro

Con labores damasquinas,
Guarda en frascos medicinas
Que estrañas á Europa son.

Mil veces le ofreció el mundo
Interés y dignidades,
Córtes y universidades
Ansiando su posesion:
Mas él rehusó modesto
El honor de sus favores,
Por razones superiores
Que guardó en su corazon.

Tal es el doctor severo
Que en el piso bajo habita
De aquella alegre casita
Que al pié de la torre está.
Su piso elevado, á estilo
De los pueblos del Oriente,
Es un santuario que asilo
Solo á su familia dá.

Compónenla dos mugeres;
La mayor, de edad propecta,
A su cargo tiene afecta
La economía interior:
La mas jóven goza en ella
De libertad absoluta,
Sin que acote ni discuta
Su autoridad el doctor.

En la posicion de entrambas
La diferencia es notoria,
Y su línea divisoria
Bien fácilmente se ve:
La mayor rige, dispone,
Gobierna, administra, ordena,
Deberes tiene que llena;
La menor manda y posée.

El poder de la primera
Tiene cotos: esta alcanza
Del doctor la confianza:
La mas jóven el favor:
Pero en entrambas apoya
El poder y valimento,
En el sólido cimiento
Del decoro y del honor.

El tipo de ambas es puro
Y acusado netamente:
La mayor es diligente,
Reflexiva y perspicaz;
Sin bajeza cariñosa,
Complaciente con prudencia
Por su celo y esperiencia
De su empleo muy capaz.

Aunque raya en nueve lustros,
Su raza transteveriana
Ver su belleza romana

Deja de ellos á través:
 Sus clásicas proporciones
 Del pueblo rey la matrona
 Recuerdan en su persona,
 Y lleva el nombre de Inés.

La menor es una Rosa
 Que al bello sol de la vida
 Abre fresca y aromosa
 Su capullo virginal:
 Mas flor de orientales climas,
 Su tipo, mucho mas bello
 Que perfecto, tiene el sello
 De su origen oriental.

Diez y ocho abriles sus rosas
 Sobre su faz deshojaron,
 Y en memoria la dejaron
 Su carmin primaveral:
 Mas temprana cual las rosas
 Que al sol de Africa florecen,
 Ya sus formas aparecen
 En desarrollo total.

Es una de esas mugeres
 A quienes naturaleza
 Hace tipos de belleza
 En su hermosa imperfeccion:
 Cuyas formas espresivas

En sus líneas incorrectas
 Mil veces mas atractivas
 Que las mas perfectas son.

Su beldad no constituyen
 Las esactas proporciones,
 Ni se dan sus perfecciones
 A analítica inspeccion:
 Su hermosura está en la gracia
 Que no miden los compases,
 Dón múltiple de fases,
 Incapaz de descripcion.

¿Qué es la gracia? Es un encanto
 Misterioso, indefinible:
 Una luz improducible
 Por las tintas del pincel:
 Es *algo* al poder rebelde
 De la lengua y de la pluma;
 Es un dón de Dios en suma:
 Pero ¿quién dá razon de él?

¿Qué es la gracia? La de Rosa
 Es la airosa gentileza
 Con que se alza su cabeza
 De su cuello en la esbeltez;
 Es el aire voluptuoso
 De su talle que cimbréa,
 Que se comba y que se arquéa
 Como el junco y como el pez.

La sonrisa embriagadora
 Que hoyos hace en su mejilla,
 Los cambiantes con que brilla
 Rica en luz su pura tez,
 La caída de sus párpados,
 El ondear de sus cabellos,
 Las cascadas que hace entre ellos
 De la luz la esplendidez.

Es la marcha seductora
 De aquel pié menudo y leve,
 Que parece que en la nieve
 Ni hace huella ni alza són:
 El acento cuyo timbre
 Hasta el alma profundiza,
 Y el mirar que magnetiza
 Con la luz de la pasión.

Este tipo de hermosura,
 Que al análisis resiste
 Y al discurso, solo existe
 Bajo un sol meridional:
 Y jamás le reprodujo
 Del ingenio el poderío,
 Ni del mármol en lo frío,
 Ni en lo duro del metal.

Tal es el tipo de Rosa,
 La admirable criatura
 Que dá ser con su hermosura
 A la casa del doctor:

Rosa es uno de esos seres
 Cuyo germen, cuya esencia
 Animó la Omnipotencia
 Con el fuego del amor.

¿A qué raza pertenece?
 ¿Qué emisferio la dió cuna?
 ¿Qué derechos, qué fortuna
 La reserva el porvenir?
 Del secreto de su vida
 El doctor tiene la llave;
 ¿Y quién va de hombre tan grave
 Los secretos á inquirir?

Mas, lector ¿cuál es el nudo
 Del hilo oculto que corre
 Desde la casa á la torre
 En donde conmigo estás?
 Escúchame un doble diálogo
 Que en este momento pasa
 En la torre y en la casa,
 Y el nudo desatarás.